

XXI. CON DON CARLOS MONDACA

Corre el tranvía por el camino dorado de sol. Regocijo en la luz, en el cielo y en el viento. Providencia está de fiesta bajo las claridades tempraneras, que hacen reír las campanas y vibrar mi corazón incorregible. El río arrastra su música coplando el cielo; el camino recién regado despidiendo un perfume evocador de primeras lluvias.

Corre el tranvía olvidando los paisajes que quedan atrás, en el camino. ¡Qué optimismo más santo brinca en el espíritu! Los ojos conversan de amorfos locos y los labios sienten deseos de reír.

¡Corre el tranvía!...

—¿Está Carlos Mondaca?

—Sí; entre.

Subo por una escalera que me deja en un amplio corredor lleno de sol. El poeta sale a recibirme:

—¡Vaya un viaje que le he obligado a hacer!

—¡Bellísimo!

—Sí, Providencia es bonita—me dice el poeta—orgullosa de su rincón quieto, perfumado de olvido, de sol y de alegría.

Me pasa á su escritorio. Una pieza

clara y bien amueblada. Estanterías con libros, por todas partes. En las paredes retratos de amigos y de autores conocidos. Por la ventana se vé un reidor paisaje de primavera.

—¿Trabajaba?—le pregunto.

—No; en estas últimas mañanas libres que me quedan, descanso.

—¿Habrá aprovechado el veraneo?

—Tampoco. Fui con intenciones de escribir; pero estuve muy perezoso.

Y el poeta, sentado junto á su escritorio, me habla confidencialmente de sus proyectos y de sus autores favoritos. Su sentido crítico es clarísimo. Sabe desenredar serenamente la madeja de una obra, pesarla, sorprender todas las

bellezas y desenterrar sus más escondidas pequeñeces. Creo que Mondaca sería un crítico formidable.

—¿No ha escrito otra obra para el teatro?

—Ah, sí—me contesta riendo—"Martín Rivas". Pero es una obra que tiene una suerte pésima; no se ha podido estrenar. La dimos á una compañía, y se murió el director; luego á otra, y se disolvió...

Estas obras, compuestas al margen de nuestra historia, en colaboración con el poeta Max Jara, no pertenecen á su labor artística. Pero ha proyectado ya una comedia en verso—asunto lírico simbólico, lleno de príncipes y sirenas. Mondaca me relató el argumento y me leyó algunos versos.

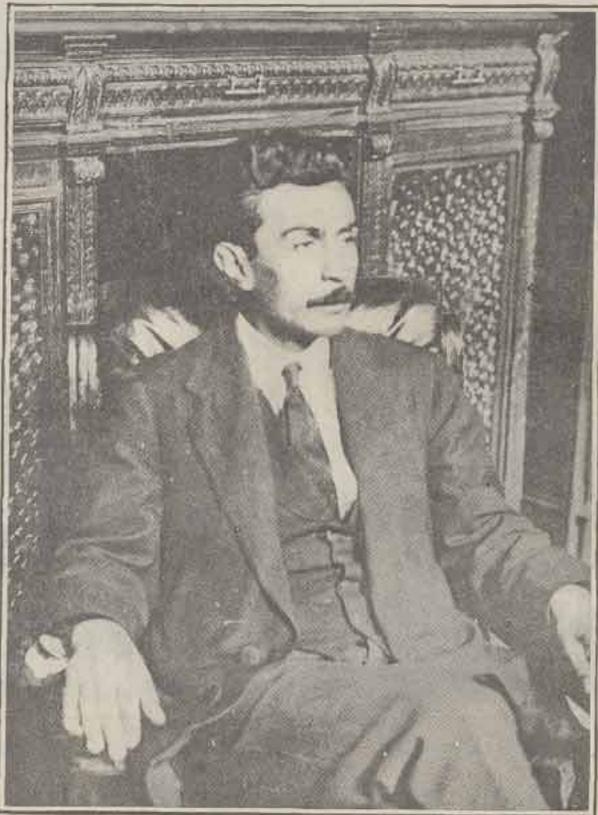
Estoy tan acostumbrado á encontrar en todos los buenos autores unos pesimistas insufribles, que la jovialidad esperanzada de este poeta me supo á gloria.

Mondaca habla con alegría de nuestra literatura y de nuestros autores.

—Nacimos por generación espontánea—me decía.

Y tiene razón. ¿Quién puede medir el salto inverosímil, prodigioso, estupendo, que hay entre un Rodríguez Velasco y un Magallanes Moure? ¿Quién encaminó a Thompson? ¿En qué grupo se presintió la personalísima sentimentalidad de Jara? ¿De dónde arrancó el himno sonoro de Víctor Domingo Silva? Generación espontánea. Son poetas porque sí. Tiene razón Mondaca. Y mientras la locura artística rueda en nuestros labios, la señora del poeta, ha ido al salón para poner un poco de música sobre nuestra charla.

Suena un motivo *mondaciano*.



Chopin...

Y que bien se oye la música en esta hora tibia y blanda; el sol llega riendo por el corredor, los cigarrillos humean perezosos, y entre nosotros arde un asunto literario que podemos discutir sabrosamente.

Carlos Mondaca es una de las primeras figuras de nuestra intelectualidad; ha publicado un libro de versos. "Por los Caminos", primer fruto de su juventud. Fué un triunfo, pero un triunfo como todos los de nuestros aristócratas del arte: triunfo callado, sin éxito de librería, sin carteles y sin sonoridades callejeras.

El poeta vive en su agradable rincón, con sus versos y su fecunda soledad. Mondaca no se exhibe. Es un gran amigo del hogar, del vivir tranquilo y sabroso.

Cuando estrenó con Jara "Durante la Reconquista", tuvo que andar entre bastidores y cómicos, y la vida mariposera y atormentada de los escenarios le pareció horrible.

Tal vez pronto publique otro libro de versos.

—Si encuentro editor—me dijo.

—¿Por qué no lo manda á Europa?

—Ud. sabe la desconfianza con que tomamos un libro americano publicado en Europa. Mejor lo dejo inédito.

Es muy sincero, pero agradablemente sincero, sin rudezas inútiles. Me contó que le era completamente imposible escribir prosa;

—Imposible—me decía—me resulta algo contado y sin ninguna fluidez, ó una cosa seca, intolerable...

Pocos autores serán capaces de confesar con tanta naturalidad, una de sus ineptitudes. Mondaca me lo dice sencillamente, sonriendo...

—No puedo, es imposible...

Charlamos algo más, y cuando me retiro me invita galantemente á que vuelva a verlo.

La calle es una borrachera de sol y de risa. Bajo la mañanita clara y lavada, la vida parece más sonora.

De regreso, corre el tranvía por el camino dorado de sol. ¿Que bien hacen al espíritu estos paisajes luminosos, después de haber saboreado la charla sosegada de un poeta! Las casitas blancas á la orilla del camino, ponen notas regocijadas sobre el verdor del campo.

Y sobre mi optimismo mañanero, canta serenamente el recuerdo del poeta, en la paz quieta del hogar, con sus amores y sus libros, mirando los paisajes llenos de sol, mientras en el silencio blando un reloj desgrana la melopea delirante de las horas felices...